WALDO FRANK

LA MUERTE DEL POETA DE ESPAÑA: ANTONIO MACHADO

Cerca de Figueras, en las fértiles llanuras del levante catalán, se alza una antigua masía construida por campesinos del siglo XVIII. En la parte baja, el establo con un cálido olor de estiércol. Arriba, la enorme cocina de grandes vigas y cacharros de cobre colgados sobre un hogar en cuya lumbre se ha cocido el pan de veinticuatro generaciones. Fue éste el refugio donde Antonio Machado, el poeta más noble de España y uno de los pocos escritores clásicos de nuestro tiempo, pasó sus últimas horas bajo un techo español, en la noche que siguió a la caída de Barcelona (el 27 de enero de 1939). A modo de improvisado homenaje —quizá no enteramente fortuito— cuarenta hombres y mujeres, salidos como Machado de Barcelona en el último momento, compartieron con el poeta el frío de aquella cocina. Cuarenta españoles velando en la oscuridad sin esperanza de que la luz del alba les trajera un nuevo día, sino, más bien, una noche aun más oscura. Entre aquellos hombres se hallaban algunos intelectuales de primer rango que durante dos años y medio habían abandonado el trabajo de toda su vida y habían luchado por salvar la vida de la República: Pedro Carrasco, director del Observatorio Astronómico de Madrid; Emilio Mira, psiquiatra de fama; J. Pous y Pagés, presidente del Instituto Catalán de Literatura; Enrique Rioja, naturalista; J. Roy-Gomer, geólogo; Joaquín Xirau, rector de la Universidad de Barcelona; Carlos Riba, uno de los mejores poetas catalanes, y Tomás Navarro Tomás, director de la Biblioteca Nacional de Madrid y uno de los primeros filólogos del mundo.

Llovió toda la noche. De vez en cuando el eco sordo de un fusil, el zumbido de una bomba. Los hombres, en posiciones poco cómodas, se dividían las frías losas del piso; Machado, con el cuerpo encorvado, casi vencido ya por la enfermedad, esperaba sentado con las mujeres en los rústicos bancos de madera. Dos años antes había escrito a un amigo desde Madrid: «Soy *viejo y enfermo,* viejo porque paso de los sesenta, que son muchos años para un español; enfermo, porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente su función. Pienso, sin embargo, que hay algo en mí poco solidario de mi ruina fisiológica, y que parece implicar salud y juventud de espíritu.» Cuando en noviembre del 36 el gobierno ordenó la evacuación a Valencia, Machado habló con un grupo de amigos y camaradas. Les dijo que había ofrecido sus servicios a varios departamentos del ejército sin éxito alguno y explicó por qué, a diferencia de varios ilustres colegas suyos, no podía aceptar un refugio en el extranjero, uno de los muchos que le habían ofrecido en Europa, en Rusia, en América. «No hay más elocuencia en España que la del soldado. Es triste estar condenado como yo a la de la pluma. La única moneda con que podemos pagar lo que debemos a nuestro pueblo es la vida.»

No se habló mucho en aquella última tertulia que una generación de intelectuales celebraba en su España. Sin duda, cada uno de los reunidos en la masía catalana, en la helada penumbra que unas pobres velas dibujaban sobre la humilde cocina, vería desfilar ante su mente los recuerdos de su vida plena y callada, como en el último momento de una lúcida muerte.

La noche siguiente fue la última que pasó Antonio Machado en España. No la pasó ni con sus compañeros ni bajo techo. A pie, con la gente humilde, marchó por los caminos bajo la lluvia. Tras ellos, muy cerca, la amenaza de los fascistas. Unidos, apoyándose los unos en los otros para no caer, arrastrando sus cuerpos cansados, se aproximaban a la frontera. Aquellos hombres y aquellas mujeres no podían encararse con la mentira que ha de asegurar la vida al español que permanezca en España. Muchos de los refugiados eran soldados heridos. Machado vio sus vendajes empapados por la lluvia; vio la carne desnuda, enferma, ensangrentada; palpó la ropa mojada de sus compañeros. Allí había niños en los brazos de su madre, había mujeres de edad avanzada. Una de ellas la madre misma de Machado que

nunca había querido separarse de él. El poeta, casi inválido, triste, sostenido, de un lado por la mano de la madre, del otro por el brazo fuerte de su amigo Navarro Tomás, escapaba a la agonía de la España actual. El se iba, sin embargo, dentro de otra España que ha de sobrevivirle; la de esta triste muchedumbre derrotada hoy, pero en la cual alentaba una fuerza de espíritu y una visión como la suya misma, que no pueden morir.

«Cuando halléis en mis palabras una nota segura, firme —había dicho— sabed que estoy enseñandoos algo que he aprendido del pueblo.»

Su salida de España, la muerte misma de Machado, tienen toda la realidad plástica de sus poemas. Sumergido en la angustia de millones de compatriotas, llegó a la frontera francesa..., a la frontera política, porque la Francia amada por él, cuya lengua y literatura había enseñado durante cuarenta años para ganarse el pan, no podía tener fronteras. La de los alambres erizados de púas era la otra. Con sus soldados senegaleses, de fez rojo y cara negra, como una mancha en la oscuridad; con sus oficiales blancos que acababan de decir a los senegaleses: «Hay que tratar a los españoles sin compasión.» ¡Era la Francia política! Machado la conocía bien. Ya sabía cómo su pueblo español había sido traicionado por la cobardía de León Blum, que no se atrevió a cambiar el rumbo de su nación con un acto inteligente, beneficioso, enérgico, como Daladier había de hacer dos años más tarde con un acto estúpido y vergonzoso. Conocía la demora vacilante de los grandes hombres, los directores, mientras los pequeños llenaban las bolsas, regateando los permisos para dejar pasar gota a gota, mediante el soborno, parcos cargamentos de municiones, nunca suficientes para una verdadera ofensiva leal. Sabía cómo los enormes depósitos de fusiles y bombas con los que Negrín había contado para la defensa de Cataluña habían sido detenidos en la frontera —sin saberse quién fuera el traidor— hasta que fue ya demasiado tarde. (Los soldados de la España leal podían resistir una inferioridad de armamentos en la proporción de uno a cuatro, pero... tanta, terminó con ellos.) Machado sabía también, sin poder sentir rencor hacia los pobres negros inocentes, todo lo que de simbólico tenía la presencia de los africanos en esta escena de muerte..., de la muerte de Europa..., de la muerte de la gran Francia.

Estas últimas horas en el límite geográfico de su país, en el límite de una época, mientras las mujeres frenéticas,

roncas de tanto gritar su dolor, eran separadas de sus hombres, acorraladas como ganado al otro lado de la alambrada, y la lluvia empapaba cuerpos ateridos y el eco de la fusilería enemiga se apagaba a lo lejos, fueron, en rigor, las últimas horas de la vida de Antonio Machado. En realidad, su cuerpo aún no había sucumbido del todo. Algunos amigos encontraron un refugio para él y para su madre en un vagón de mercancías. Navarro Tomás llegó a Perpiñán y volvió con dinero. Machado fue instalado en un pequeño hotel de Colliure. No había perdido ni la lucidez ni la serenidad de espíritu que eran suyas. Allí, rodeado de las pobres comodidades que puede ofrecer una aldea francesa, murió. (Unos días después murió su madre.) Veinte años antes había escrito:

> Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
> y un huerto claro donde madura el limonero
> ... ...
> Y cuando llegue el día del último viaje
> y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
> me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
> casi desnudo, como los hijos de la mar.

Tres años antes España tenía (entre otros sin igual en Europa) cuatro grandes poetas —los cuatro, de Andalucía. En la generación de los más viejos, la llamada «generación del 98», Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, maestro de todos los estetas del mundo hispano, poeta más profundo que Paul Valéry, sólo comparable quizá entre los líricos contemporáneos con William Butler Yeats. En la generación más reciente: Federico García Lorca y Rafael Alberti. García Lorca murió en los primeros meses de la guerra, violentamente, ante la complicidad indiferente de una burguesía medrosa. Alberti tomó, con su valiente compañera María Teresa León, su puesto en Madrid, que no abandonaron hasta este marzo. Jiménez, sin regatear su solidaridad a la República, no podía armonizar sus antiguos hábitos de recluso y esteta con las duras necesidades del momento, y en Puerto Rico, en Cuba, en los Estados Unidos ha seguido laborando fielmente por la causa. En Machado, el hombre y el escritor alcanzaron una profundidad cada día mayor, al punto de que al año de empezar el conflicto se le juzgó no ya uno de los cuatro, sino el primer poeta de España.

Su obra no es muy abundante, pero sí tan densa, poderosa

y formalmente orgánica que su alto rango entre los poetas de nuestra época está asegurado. En el comienzo —perfectas ya la música y la expresión— es eco en parte, en parte disidencia, de la belleza y del hastío de la vieja España. Los primeros poemas articulan la plasticidad estática de un país cuyo suelo, sol y alma se habían paralizado a un mismo tiempo. Surge luego un anhelo de libertad y de fluidez. El mar será el símbolo de su poesía. Recuerda la sentencia de su maestro, el gran Jorge Manrique (de quien él deriva como Jiménez de Góngora):

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...

La atención de Machado se inclina todavía a lo personal, a lo eterno. Cuando pierde a su mujer, su corazón dolorido es como el mar. Aparece la inquietud intelectual. La duda se convierte pronto en aspiración dinámica dentro de la España inmóvil:

En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad.

A los cuarenta años Machado había alcanzado madurez metafísica y conciencia social:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

«Rusia y España —profetiza en 1917— se encontrarán algún día como dos pueblos profundamente cristianos que son, cuando ambas hayan sacudido el yugo de la Iglesia que las divide.» Sus poesías y su obra van ganando en densidad. La nota nostálgica palidece para dar paso a un humorismo agudo y sabio como el de un Pascal socialista:

En el mar de la mujer
pocos naufragan de noche;
muchos, al amanecer.

El último libro de Machado se llama *La guerra.* (Sólo he visto algunos de sus poemas —parece que aún no ha llegado el libro a América.) Canta a la primavera «más fuerte que la guerra» —la primavera que ha florecido en esta guerra en las vidas de soldados y capitanes como Líster, Mera, Modesto; y en ese otro avatar —la tierra ardiente de España, sus prados y huertas. La prosa de esta última fase —*Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena*— es la síntesis final del hombre bondadoso y sereno en medio de la tragedia inevitable. Sirvan de muestra:

> Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda. De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente.
>
> *
>
> No olvidéis que es tan fácil quitarle a un maestro la batuta, como difícil dirigir con ella la quinta sinfonía de Beethoven.
>
> *
>
> También quiero recordaros algo que saben muy bien los niños pequeñitos y olvidamos los hombres con demasiada frecuencia: que es más difícil andar en dos pies que caer en cuatro.
>
> *
>
> Cuando el Cristo vuelva —decía mi maestro— predicará el orgullo a los humildes, como ayer predicaba la humildad a los poderosos.

Durante la guerra Machado estuvo rodeado de amigos, en su mayoría jóvenes, que compartiendo su amor por la causa que defendía, le amaban a él. Era el alma inspiradora y crítica del grupo y con ellos publicaba, mes tras mes, *Hora de España*: a mi entender, el mayor esfuerzo literario que ha salido de cualquier guerra y prueba de que la lucha de España contra la traición del mundo es el nacimiento de una cultura que no debe morir. Mis más caros recuerdos de la última primavera que estuve en España son las horas que pasé en el frente, bajo el fuego, con los soldados y las

de una vez mientras los italianos bombardeaban la ciudad) y los jóvenes poetas, sus discípulos, la mayoría de uniforme —soldados, por lo tanto, de dos frentes.

Machado no era nada patriotero. Se daba cuenta del aislamiento de España y de la lógica fatal de la escasez de armas. Conocía la importancia de los hombres de buena voluntad en Francia e Inglaterra. Cuando le dije que había enviado cables a nuestro presidente y a nuestros senadores pidiendo que anulasen el embargo contra el gobierno legítimo de la República —el gobierno de España en el que republicanos, socialistas, comunistas, católicos, anarquistas luchaban por un ideal común—, Machado miró con sus ojos pardos llenos de calor humano y no dijo nada. Nunca oí de sus labios las palabras «victoria» o «derrota». Vivía en un plano de comprensión más profunda. Sabía que, como la eternidad dentro del tiempo, España estaba realizando su más plena victoria dentro de la lucha, cualquiera que fuese el resultado inmediato. Ya había escrito él en 1917:

> Mas otra España nace,
> la España del cincel y de la maza,
> con esa eterna juventud que se hace
> del pasado macizo de la raza.
> Una España implacable y redentora,
> España que alborea
> con un hacha en la mano vengadora,
> España de la rabia y de la idea.

La última jornada de Machado, unido hasta el fin con el dolor de su pueblo, ha sido una lección para todos. Porque todos, sin que nadie se salve, contribuímos a hacer posible en su horror esa noche de muerte. Los obreros franceses e ingleses son responsables del crimen por carecer, dentro de su buena voluntad, de la audacia y el poder que sus enemigos han puesto al servicio de su causa. Nosotros, intelectuales americanos, somos responsables del crimen porque no supimos hablar la palabra simple, verdadera, que hubiera puesto en movimiento la generosidad latente de nuestro pueblo, ni fuimos capaces de crear la clara percepción que, para nuestra propia conservación, nos hubiera llevado a evitar la muerte de la República española. Mr. Franklin D. Roosevelt es responsable del crimen porque, a pesar de

conocer plenamente los hechos, a pesar de su pretendido amor por los valores que España defendía con su sangre, sin ninguna de las contradicciones internas que paralizaban a Francia e Inglaterra, no supo completar con hechos sus palabras elocuentes sobre la Justicia, la Democracia y la verdadera Religión.

Repertorio Americano, Costa Rica, 22 de abril de 1939.